

MEMORIA DE BARRIO IMPRESA

EL GETSEMANICENSE



VISUAL-MENTE - PÁG. 8-11

UNA FACHADA
PARA MIRAR
DOS VECES

SOY GETSEMANI - PÁG. 2-3

**YASMINA
COQUEL
DE ZULETA:**
UNA VIDA PARA LOS DEMÁS



Fotografías:
Familia Zuleta Coquel

YASMINA COQUEL DE ZULETA: UNA VIDA PARA LOS DEMÁS

Un año sin la maestra, madre, vecina, confidente, conciliadora, organizadora, bailarina, devota, consejera... un sinfín de facetas, siempre alegres y solidarias que caracterizaron a esta mujer que vivió a los distintos Getsemaní que conviven en nuestro barrio.

Los cuatro hijos de Roberto Coquel López y Enriqueta Tuñón Mesa crecieron felices en una calle San Juan muy distinta a la que conocemos hoy. Ahora la vemos con todos sus ángulos listos para una foto de Instagram, pero hace sesenta años era otra cosa. “Las calles estaban sin pavimentar; solían correr aguas negras; del Mercado Público venían roedores atraídos por el sabroso olor de la comida casera hecha todavía con carbón. Al frente, la jabonería Lemaitre nos arrojaba un fuerte olor a potasa”, recuerda su hermano **Antonio**. Fue una niñez divertida, pero para los padres no era fácil levantar a sus muchachos en esa circunstancia. Tenían que andar siempre pendientes y con cuidados.

Yasmina fue la mayor. Nació 27 de abril de 1951. Su hermano Roberto (QEPD) fue su gran cómplice y amigo. Yaneth era la tercera y Antonio era un poco como su hijo. “Yo era el salvoconducto. Era muy protectora conmigo porque yo era el menor. Cuando nació ella me cargaba y me llevaba aquí y allá”, recuerda Antonio. La primaria la estudió en los colegios Niño Jesús de Praga y el Lourdes y se graduó de bachillerato en la Normal. Luego estudió preescolar en el Colegio Mayor de Bolívar. “Fue una niña saludable, muy querida. Era la que convocaba a los demás niños y niñas de la calle San Juan para ir a las funciones de vespertina en el Padilla o en Rialto. Si tenían trece o catorce años se les permitía ir siempre en grupo, nunca solos”, dice Antonio. Por aquel tiempo ayudó a fundar la Legión de María en el barrio, Era la más joven en medio de muchas señoras. Empezó a ir a otros barrios para promover a la legión y eso la ayudó a vencer la timidez de hablar en público, recuerda Antonio.

UN NUEVO MUNDO

Esa era su vida hasta los veintiún años, cuando además de carismática era una joven muy atractiva, con un rostro muy bonito y un cuerpo espectacular, según recuerdan en la familia. Entonces se enamoró de manera loca de Miguel Zuleta Gutiérrez, que le llevaba diez años y que por esa época fue el dolor de cabeza del viejo Roberto, que no entendía del amor de su muchachita consentida por ese guajiro de temperamento fuerte. “Hasta el último día de su vida mi mamá vio por los ojos de mi papá. Toda la vida estuvo tragada de él y era muy feliz luciendo su nombre de casada”, dice **Yolanda**, su hija mayor.

La nueva pareja se estableció en el edificio Nuevo Mundo, a pocos pasos de la casa paterna y el suegro terminó adorando a ese yerno que odio primero, como ha pasado tantas veces desde que el mundo es redondo. Con ellos se fue a vivir Maritza, una prima hermana que se convirtió en la compañía inseparable de ambos y en la segunda mamá de los hijos que llegarían. Había venido desde su Santa Rosa natal solo para estudiar, pero le tomó tanto cariño a su prima que terminó quedándose. Karen, la hija de Maritza, que también llegaría después, sería la quinta hija de la familia Zuleta Coquel, incluyendo apellido, trato y amor por igual para los cuatro hijos de sangre: Yolanda, Iliana, Ginna y Miguel Ángel.

Con el paso de los años la familia fue creciendo y se mudaron luego al edificio Sierra, también en la calle Larga. Finalmente llegaron a la casa de la calle San Antonio, de la que se tienen los mayores recuerdos, diagonal a donde funcionó la panadería Imperial, de los Schuster, y también de la sede de la policía.

MAESTRA CONCILIADORA

Su primer cargo oficial como maestra en Arenal era bonito, pero muy lejos. Con familia en Cartagena Yasmina perseveró para ser trasladada. Incontables getsemanicenses fueron alumnos suyos, primero en el Mercedes Abrego, luego en el Lácides Segovia y, al final, en La Milagrosa, de donde se pensionó.

Dictaba todo el pensusum de primaria pero se caracterizó por sus clases de religión y por preparar a todos los niños para la primera comunión. Aunque iba mucho más allá de eso. “Me consta que ella le conseguía los vestidos a los que no tenían; les organizaba el desayuno de ese día, las sorpresas”, recuerda Yolanda, quien con sus hermanas la ayudaban en las

Pasaban los vendedores de yuca o de plátano y ella podía tener en su despensa todo eso, pero miraba a los ojos de la persona y decía —Este no ha vendido, está enhuesado, tiene familia—. Los invitaba a pasar y se ponía a hablar con ellos.

largas jornadas de hacer los boletines de notas a mano.

Y, por paradójico que parezca, aunque amó y lo dió todo por su vocación pedagógica, muchas veces pensó que pudo haber sido una buena abogada especializada en derecho de familia o resolución de conflictos. “Es que yo en realidad era una trabajadora social o una abogada *ad honorem*. Quizás me equivoqué”, le dijo algunas veces a Antonio, pensando en tanta labor que hacía un día sí y el otro también para ayudar a componer enfrentamientos y desacuerdos entre amigos, vecinos y familiares.

“Mi mamá tenía un corazón tres veces más grande que ella, que era bien gordita. Si llegabas a su casa no te ibas sin probar algo de su mesa. Tenía un mueble en la entrada y yo pasaba por ahí y veía que pasaban personas recostadas, gente que uno no conocía. —Ay, niña, es que viene de lejos y tiene una cita médica—, me podía decir. De Valledupar vino un montón de gente a hacerse exámenes médicos y era ella la que conseguía la cita médica, la clínica”, rememora Yolanda.

“Pasaban los vendedores de yuca o de plátano y ella podía tener en su despensa todo eso, pero miraba a los ojos de la persona y decía —Este no ha vendido, está enhuesado, tiene familia—. Los invitaba a pasar y se ponía a hablar con ellos. A lo tuchineros les compraban los cafés, se tomaba un poquito y cuando se iban los dejaba por ahí, pero lo importante era colaborarles económicamente porque sabía que la vida de ellos dependía de ese trabajo”, dice Antonio.

LOS CUATRO TELÉFONOS

Las visitas al teléfono con Toño, su hermano menor, eran maratónicas. Bien podían comenzar a la medianoche y terminar cerca de rayar el alba. A veces ella se le quedaba dormida al teléfono. Entonces Antonio colgaba la llamada y le volvía a marcar para reñirle por haberlo dejado hablándole al aire.

Llegó a tener activos dos celulares y dos líneas fijas al tiempo. Y siempre se acordaba de quién cumplía años, del que estaba enfermo, del que tenía pendiente una cirugía, del que estaba de viaje, de todos con los que tenía un pendiente. Llamaba a sus amigos con algo de influencia o un buen vivir para resolverles problemas a un tercero. Y con la familia ni se diga: las llamadas con Yolanda cuando tuvo su primera hija y vivía en Valledupar eran tales que las facturas telefónicas debían causar alaridos en aquella tierra vallenata. Cuando salieron los teléfonos inteligentes ella fue la primera en conocer todos los trucos y exprimirlos a fondo para mantener el contacto con su infinita red de conocidos, amigos y familiares. Tanto era el tema que Miguel, su esposo, le bromeaba con que le iba a dar un cáncer de oreja de tanto hablar por teléfono.

FIESTERA Y ORGANIZADORA

“Mi mamá me decía que yo tenía vejez prematura y ella juventud acumulada. Es que era muy fiestera, siempre sana y sin trago, eso sí. Se disfrazaba de cuanta locura. Desde marzo ya empezaba a planear de qué se iba a disfrazar en las Fiestas de Noviembre. No se perdía un Cabildo. Una vez se disfrazó de monja y se fue a los Carnavales y desfiló a pie por toda la Vía 40 con José María Taborda y otros amigos. En Mister Babilla se ganó concursos de disfraces y de bailes porque a ella no le daba pena nada: cantaba, brincaba saltaba”, dice Yolanda. Bailaba en una baldosa. “Este es mi son y aquí voy. Esto es lo que me sostiene a mí: que todos los fines de semana me echo mi bailadita”, le decía a Antonio.

Para la Navidad se había inventado una especie de novenas bailables que hasta tenían turno para la tarde y la noche, cada una con invitados diferentes. Para todo se inventaba un evento. La celebración de su último cumpleaños duró tres días: hubo papayera, torta, mesa de fritos, cena en Di Silvio, fiesta en Mister Babilla y muchas otras cosas. Cuando su sobrina Sasha fue elegida la representante de Getsemaní para el reinado de la

Independencia, convenció a Antonio para hacerla en su calle. “Ponme esa fiesta aquí, que hasta el baño de mi casa lo presto. Y así fue. Alquilé dos baños y al final no llegó ninguno”, recuerda su hermano. Aquella noche hubo un enredo, una caída y terminaron suturándola en el hospital, pero la fiesta no se detuvo.

Y hasta tiempo y energía le quedaban para organizar a sus amigas. “Al pensionarse ella se queda con el vacío de que había cosas que todavía no había podido hacer. Se asocia con un grupo de mujeres y forma Las Fantásticas. Recolectaban dinero entre ellas, hacían bailes, vendían boletas en club de profesionales o el club Unión, hasta en el Platanal de Bartolo, donde eran muy conocidas. Con lo que recaudaban hacían obras sociales para personas muy marginadas”, recuerda Antonio, quien a veces se quejaba de lo ingrata que pueden llegar a ser las personas. “Haz bien y no mires a quien. Cuando uno se muera la gente lo recordará”, le respondía Yasmina.

HASTA LOS CIENT AÑOS

El propietario de la casa quería poner un hostel y se la pidió. “Ya tengo que entregar. No sé por qué no nos dió por comprar en Getsemaní cuando todavía se podía. Saber que a donde vaya no voy a ver a esta gente: al del pollo, a la del queso, al del café, al del plátano. Yo me parqueo aquí y la gente pasa y se pone a hablar conmigo, les saco silla a todos: al vecino, al mochilero, al policía”, recuerda Antonio que le decía ella.

En octubre de 2018 Yasmina, Miguel y Maritza se mudaron a un apartamento en El Cabrero. Allí organizó una incipiente vida social alrededor del grupo de oración en la Ermita del Cabrero, donde el párroco era el padre Agustín Villar, conocido suyo. Igual seguía pendiente del barrio y solo se perdía algún evento por fuerza mayor.

Su muerte le llegó como se la había pedido a Dios: fulminante y sin largas convalecencias. Una semana antes, en una reunión de los Tuñones, como les decía, se le tomó el último video. Estaba feliz, bailando un fandango vestida con la camiseta tricolor. Quería llegar a las cien años y mientras tanto quería exprimirle a la vida hasta la última risa que ésta le pudiera dar.

“Cuando yo muera, nada de llanto porque todos nos vamos a morir. Ese día quiero una papayera y que haya baile”, les decía. Así fue. Los asistentes llenaron las cuatro salas de la funeraria Lorduy y por los pasillos no era fácil circular entre tanta gente de todas las edades. En la Plaza de la Trinidad había por igual gente de luto formal como una infinidad de amigos y amigas disfrazados o vestidos festivamente, como ella lo había pedido. La bajada desde los buses en el cementerio de Manga duró más de media hora, por el gentío que quiso dar allí el último adiós. Y algún desajuste con el cajón demoró la inhumación hasta casi las ocho de la noche. “Algunos decían que qué energía la de Yasmina, que no quiere irse aún”, rememora Antonio.

Yasmina supo que su nieta Maryam le heredó la habilidad creativa y manual, pero no que ahora tiene un emprendimiento inspirado en el nombre de su abuela. Supo que Luis Alberto, su muñequito, fue el mejor ICFES de su colegio en Barranquilla, pero no alcanzó a saber que lo becaron en la Universidad del Norte. Conoció por video a Pedrito, su séptimo y último nieto, pero no pudo alzarlo en sus brazos. Y así con toda la familia este último año sin ella. No tendría cómo saber que la alcaldía de Cartagena expidió un decreto de honores en su nombre y sus hijas tuvieron el orgullo de recibirlo en la plaza de la Aduana. En el cementerio de Manga quedó al lado de Robertico, su hermano adorado. Dice Yolanda, emocionada hasta las lágrimas describiendo a su mamá: “El molde su nobleza Dios no lo vuelve a hacer. Aún después de su partida sigue siendo recordada y querida, no ha quedado en el olvido, se sigue sintiendo. Su memoria y sus recuerdos seguirán presentes”.

“Estos dos callejones que comunican a la calle del Pozo con la calle de Lomba, tienen un gran valor documental como testimonio de la influencia musulmana en la arquitectura popular del sur de la península ibérica, Andalucía y Extremadura en España, y el Algarve y Alentejos en Portugal, y que emigrantes de aquellas provincias trajeron a nuestras playas. Eso solo debería bastar para preservar los dos populares callejones de Jimaní, y no irlos a tirar con cualquier pretexto urbanístico futuro”, escribió de ella Donaldo Bossa Herazo en su infaltable *Nomenclátor Cartagenero*.

Allí vivieron los Acevedo, que tuvieron su taller de fundición y herrería en uno de sus patios. Aún hoy viven por allí Lina ‘la Niña’ Acevedo o Judith Suárez, quien regresó a vivir aquí con su hija y puede señalar dónde vivió antes una abuela o una tía.

Por supuesto, es la calle donde más se ve la mesa puesta para jugar dominó, cartas o ludo. Y es un callejón festivo por excelencia. Para armar el rato de música y baile no hace falta mayor excusa. Es, además, la cuadra de Los Carpinteros, el bar al que más asiste la gente del barrio, propiedad de Davinson Gaviria, actual presidente de la Junta de Acción Comunal.



A photograph of a street scene in a village. A rainbow is visible in the sky. A person in a colorful costume is standing on the right. A yellow arrow points from the text 'rainbow' to the rainbow in the image.

Vivió Roberto Julio

Bar Los Carpinteros
Está atendiendo domicilios de licores y
servicios de mensajería urbana
311 898 88 65

Ahora: hotel Casa Portal de Getsemaní
(5) 6648237

SISTEMA DEFENSIVO DE GETSEMANÍ

¿Has notado que las murallas de Getsemaní son un poco más bajas que las del Centro y que en el Pedregal hay unas puertas como para niños? ¿Por qué nunca se construyeron defensas del lado de La Matuna? ¿Cuántas fortificaciones hubo y cuántas quedan?

Las murallas de Getsemaní formaban una cuña. Su punta era lo que hoy llamamos El Reducto, donde comienza el puente Román. Desde esa pieza clave surgía un lado que iba hasta la esquina del actual Centro de Convenciones. Ahí estaba el baluarte Barahona.

En la mitad, donde hoy está el parqueadero, quedaba el baluarte de Santa Isabel.

El otro lado iba por El Pedregal, pasando por el baluarte de San José, la batería que protegía la puerta de la Media Luna, hasta llegar al baluarte de San Miguel de Chambacú, a la salida de la avenida Venezuela.

La forma de cuña o revellín de las fortificaciones de Getsemaní es porque eran una defensa adelantada de las murallas del Centro. "Eran más bajas porque se tenía que poder ver por encima de Getsemaní y su muralla, para tener una visual constante. Es una clave en un sistema defensivo: tener libres los conos visuales para que no haya obstrucciones de sus propias defensas que oculten lo que está pasando en la periferia", nos explica Eduardo Mazuera, profesor de arquitectura en la Universidad de los Andes y experto en el sistema fortificado de Cartagena.

También por una razón militar no se construyó nunca un lienzo de murallas en La Matuna. Si el enemigo se tomaba Getsemaní, se podría parapetar fácilmente en ellas para atacar al Centro. Pero sin murallas no tendría dónde esconderse y sería blanco fácil de tiro porque entre Getsemaní y el Centro estaban el caño de San Anastasio y un amplísimo espacio despejado que ocupaban lo que hoy son el parque Centenario, el camellón de los Mártires, la plazoleta de San Francisco y el muelle de los Pegasos.

Hay que recordar que el sistema defensivo de Getsemaní no funcionaba solo, sino que eran parte de un sistema más complejo, rediseñado varias veces. Esencialmente un invasor tenía primero que sobrepasar Bocachica o, en su momento, Bocagrande; luego el fuego cruzado entre la punta de Bocagrande y la isla de Manzanillo; luego el fuego del Fuerte de San Sebastián del Pastelillo, donde hoy funciona el Club de Pesca, en Manga.

La idea de este sistema sucesivo de defensas "era dilatar y contener de la forma más distante posible los ataques contra la ciudad. En la medida en que las defensas distantes fueran superadas Getsemaní jugaba un papel fundamental. Por eso no se podía dejar desprotegido", explica el profesor Mazuera.

Justo con el fuerte del Pastelillo había una coordinación de fuego desde el baluarte del Reducto y el de Santa Isabel, en Getsemaní. Esa era su función principal, pero si caía el Pastelillo, los defensores tenían un último recurso: remar hasta el Reducto, desembarcar en un minúsculo muelle y entrar por una pequeña puerta escondida, defendida por una estructura rectangular llena de ranuras verticales, llamadas 'matacanes', desde las que podía dispararse sin riesgo alguno a cualquier atacante que se atreviera a intentar algo por allí.

DEFENDER AL BARRIO

Al comienzo de la Colonia no se había contemplado fortificar a Getsemaní. Era una isla poco poblada y la costumbre indicaba que se protegía la ciudad "noble", no el arrabal. Hubo discusiones sobre su conveniencia, hasta que creció el convencimiento de que si Getsemaní caía, el Centro quedaría demasiado expuesto. Getsemaní estaba creciendo muy rápidamente y ya daba señales de la capacidad de organización y activismo que

ha tenido desde entonces. Los vecinos contribuyeron de su propio bolsillo y esfuerzos para amurallar su barrio.

Había, además, otra razón estratégica para fortificar: por aquí quedaba la única salida a tierra firme. Era la puerta de Media Luna, a la que se le construyó todo un sistema defensivo propio. Era un temible zigzag sobre la laguna de San Lázaro, con tres delgados puentes de madera en el medio, que se podían volar fácilmente y dos baluartes defendiendo la puerta, así como otros elementos militares. Si eso fuera poco, a un atacante le podía caer allí todo el fuego desde el castillo de San Felipe.

Como las murallas eran el blanco natural de los proyectiles enemigos como las balas de cañón, no se podía construir nada adyacente a ellas. Se trataba no sólo de salvar vidas sino evitar los incendios que podrían regarse por el barrio. Esos espacios se solían utilizar como solares para huertas o zonas abiertas de trabajo. Esa es la razón por la que El Pedregal tiene ese margen amplio, que permitió luego pasar la actual avenida por su frente y que todavía quedara espacio. El Arsenal estaba despejado antes de que le erigieran sus murallas, pero por otra razón: era un playón donde necesitaban acceso abierto al agua. También servía como un puerto informal y de flanco para abastecer de agua y alimentos a las embarcaciones allí fondeadas. Por ese lado la calle Larga era la última, flanqueada en general por bodegas y lotes que daban contra ese playón.

Controlar el contrabando era otra razón para erigir las murallas y restringir el paso de la Media Luna. La Corona española pretendía controlar el comercio de sus colonias, mientras que por todo el caribe pululaban naves con productos ingleses, franceses, portugueses, holandeses y de otras naciones. España no producía todo lo que se necesitaba, así era muy difícil controlar el contrabando, que representaba más de la mitad de los bienes que se comerciaban, lo que significaba menos impuestos recaudados.

PATRIMONIO DESVANECIDO

¿Por qué se demolió cerca de la mitad de nuestras murallas? Las razones son varias y confluyeron distintos intereses, por lo que había un acuerdo general de que eso era lo que convenía. En nuestra época hay más conciencia y legislación para proteger el patrimonio, pero entonces prevalecía la idea de una ciudad moderna y saldar cuentas con el pasado colonial.

Y para ser modernos se debían realizar primero proyectos de higiene y salubridad. En Europa se estaban empezando a instalar los alcantarillados y tumbando murallas medievales en sus grandes ciudades. Barcelona, por ejemplo, empezó a derribar las suyas desde 1854 para hacer el "ensanche": una ciudad mucho más grande y con una planeación urbana hecha casi de ceros.

La teoría miasmática estaba muy en boga. Se pensaba que las aguas estancadas y los cadáveres de animales emanaban unos flujos que enfermaban a las personas. Y aquí en Getsemaní sí que había aguas así: en el muelle de los Pegasos o en el caño de la Matuna, donde se botaban los residuos del matadero. Las murallas también servían para arrinconar basuras, hacer necesidades, etc. No eran los monumentos de ahora, con mantenimiento regular o espacios generosos y limpios a su alrededor. Y había quienes ganaban con desecar la Matuna para construir allí y los interesados en usar los restos de las murallas como relleno.

Lo primero que cayó fue la estructura defensiva de la Media Luna,

Hay que recordar que el sistema defensivo de Getsemaní no funcionaba solo, sino que eran parte de un sistema más complejo, rediseñado varias veces.



autorizado por la Ley 21 de 1883. Era la conexión con tierra firme y se veía como una obra imprescindible para conectar con los barrios que empezaban a crecer extra muros. Aún hoy con un poco de suerte se pueden ver los vestigios debajo del actual puente Heredia. Luego vino el derribo de los baluartes de Barahona y Santa Isabel, que darian paso al Mercado Público, inaugurado en 1904. Con ellos se fue todo el frente amurallado hasta lo que hoy llamamos El Reducto. Luego, la instalación del alcantarillado y la construcción de la avenida El Pedregal elevó considerablemente el nivel del suelo. Por eso se ven arcos y puertas muy pequeñas en la muralla por el lado de la acera, pues quedaron semienterrados.

PIEZA A PIEZA

Todo el sistema de murallas del barrio fue construido entre 1631 y 1636, bajo el mando del gobernador Francisco de Murga, planos con Lucas Báez como maestro de obra. Tendría algunas modificaciones y mantenimientos en los siglos siguientes, pero la planta general se mantuvo durante toda la Colonia.

Baluarte de San Lorenzo. También llamado San Lázaro o El Reducto, su nombre actual. Fue la primera estructura defensiva en ser construida. Fue intervenido a comienzos de este siglo para darle uso como bar y restaurante.

Baluarte de Santa Isabel. Demolido para darle paso al Mercado Público, inaugurado en 1905. Sus vestigios submarinos aún son visibles con aguas calmas. En años recientes su existencia impidió la creación de una marina allí.

Baluarte de Barahona. Sirvió de base angular para construir el Mercado Público.

Muralla adyacente al Reducto. Un trozo fue demolido para darle paso en 1905 al puente Román. También se le quitó espesor al muro hasta el baluarte de San José para ampliar la nueva vía.

Baluarte de San José. Una temible estructura militar reforzada por Antonio de Arévalo desde 1746. Debajo suyo -como hay en otros sectores de nuestras murallas- hay una casamata: un espacio interno para almacenamiento y la tropa.

Baluarte de Santa Bárbara y Santa Teresa. Entre ellos quedaba la puerta de la Media Luna.

Batería de la Media Luna. Conocida generalmente como "revellín", pero los expertos consultados coinciden en este nombre no coincide con la estructura defensiva sui generis que había allí. Fue demolida en 1883, junto con la puerta, para afrontar la expansión de la ciudad. Con sus restos se construyó el primer puente Heredia.

Baluarte de San Miguel de Chambacú. Este último en honor a Sebastián Fernández de Gamboa, ingeniero militar quien "es seguro que tuvo alguna participación en los trabajos del gobernador Murga en este sector de Getsemaní", según Donaldo Bossa Herazo en su *Nomenclator*. Hacía una L o esquina que daba contra el caño de la Matuna, internándose por la actual avenida Lemaitre. Ese lado fue demolido para dar paso a la avenida El Pedregal.

UNA FACHADA PARA MIRAR DOS VECES

Detrás de una engañosa sencillez, la parte frontal del templo de San Francisco, en Getsemaní, revela la mentalidad de dos épocas distintas pues -aunque no parezca- hay más de una fachada en esos muros.

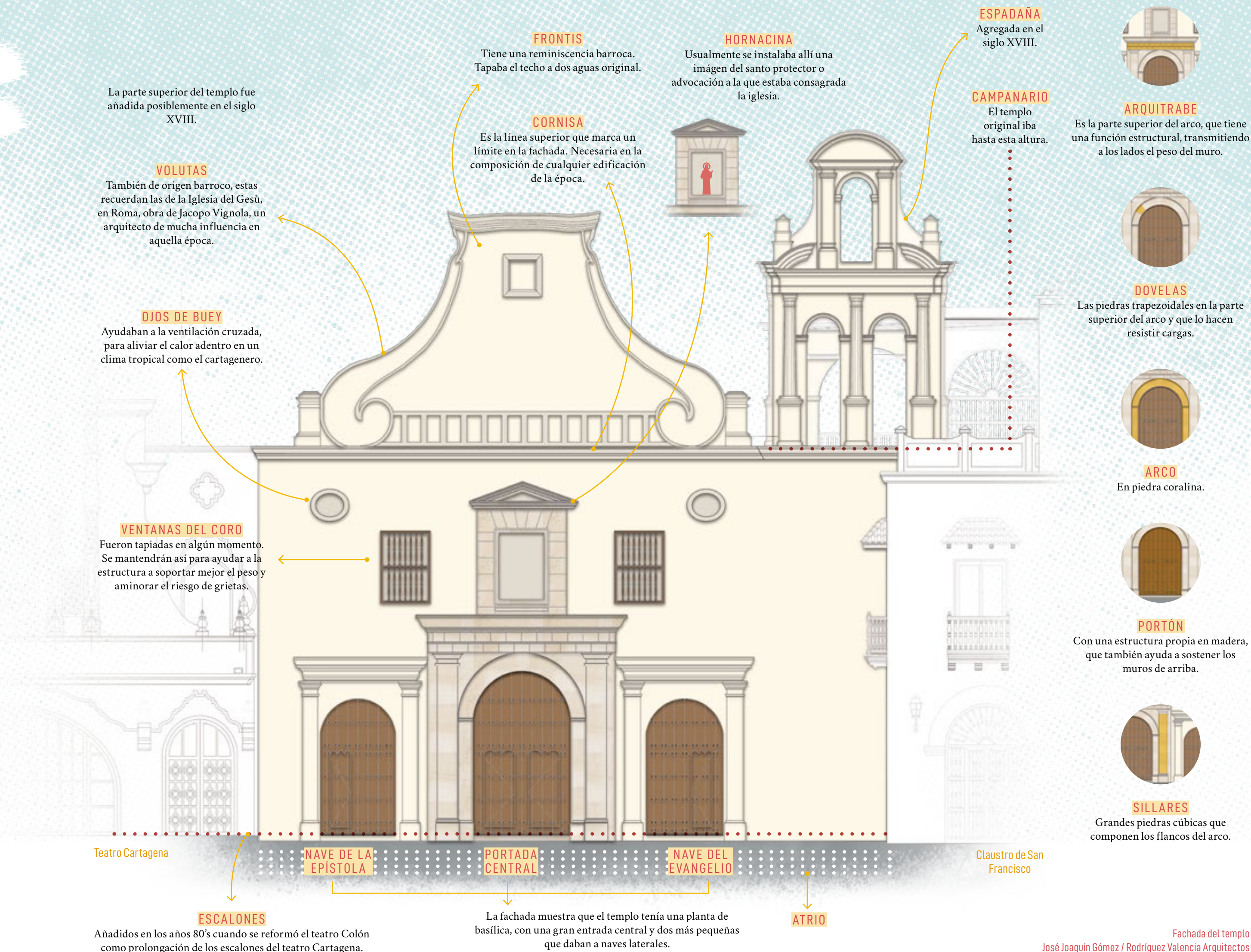
Hubo una fachada original, construida aproximadamente entre 1560 y 1590 por los alarifes o maestros de obra llegados a una ciudad fundada menos de treinta años antes. Para erigir un templo así había que balancear muchas cosas. Por una parte, justo por esos años la iglesia católica determinó en el Concilio de Trento (1545-1563) -entre muchísimas otras cosas- las normas de la arquitectura eclesiástica, hasta un nivel de detalle asombroso. Estaban también el espíritu franciscano, que tendía a la sencillez y al poco ornamento; la necesidad de catequizar a la población aborigen, que se lograba más por los ojos que por los oídos; y los escasos recursos en una ciudad que no tenía riquezas propias.

Y un factor decisivo: la tradición constructiva. ¿Se debían obedecer a rajatabla los órdenes clásicos en un mundo nuevo? ¿Cómo hacerlo si aquí no llegaron los grandes arquitectos que sí hubo en España o la actual Italia? En general los que vinieron fueron alarifes muy diestros en su oficio, pero sin el bagaje de referencias y escuelas arquitectónicas que había al otro lado del océano. Hubo un librito de 38 páginas que se hizo muy popular en Europa: *Las Medidas del Romano*. Era la primera vez que se traducían a una lengua vulgar (es decir, una que no fuera el latín) un tratado de las proporciones para construir edificaciones. Todo se basaba en el cuerpo humano, particularmente el masculino. Pues bien, las ideas del librito, publicado en 1526, se transmitieron oralmente, se sumaron a los saberes traídos de la península ibérica y la tradición católica, se aderezaron con las soluciones que en la práctica se iban encontrando y se ajustaron al magro presupuesto. De la combinación de todo eso salió el estilo colonial de esta y otras fachadas franciscanas en estos territorios.

El de San Francisco fue un templo con aspiraciones, pero sin excesos. Se planteó como una basílica, con tres naves, pero al mismo tiempo su estilo era sencillo. Correspondía a la interpretación que se le dio aquí al estilo toscano, el más simple de los cinco “órdenes” clásicos de la arquitectura de entonces.

La fachada, como es usual, refleja lo que hay dentro de la construcción. Así, tres naves implicaba tres entradas. De ellas, una tenía que ser la principal, con su arco en piedra y su arquivolta. Es la parte que originalmente se llevaba buena parte del peso visual. Las otras dos entradas se hicieron en ladrillo y pañete, incluso sus arquivoltas. El coro implicaba un segundo nivel con sus propias ventanas y óculos para airear el templo. ¿Y la parte superior, con sus volutas? Sorpresa: no existían en el templo original, que visualmente estaba rematado por un techo a dos aguas que se veía por encima de la cornisa, el remate original de la fachada.

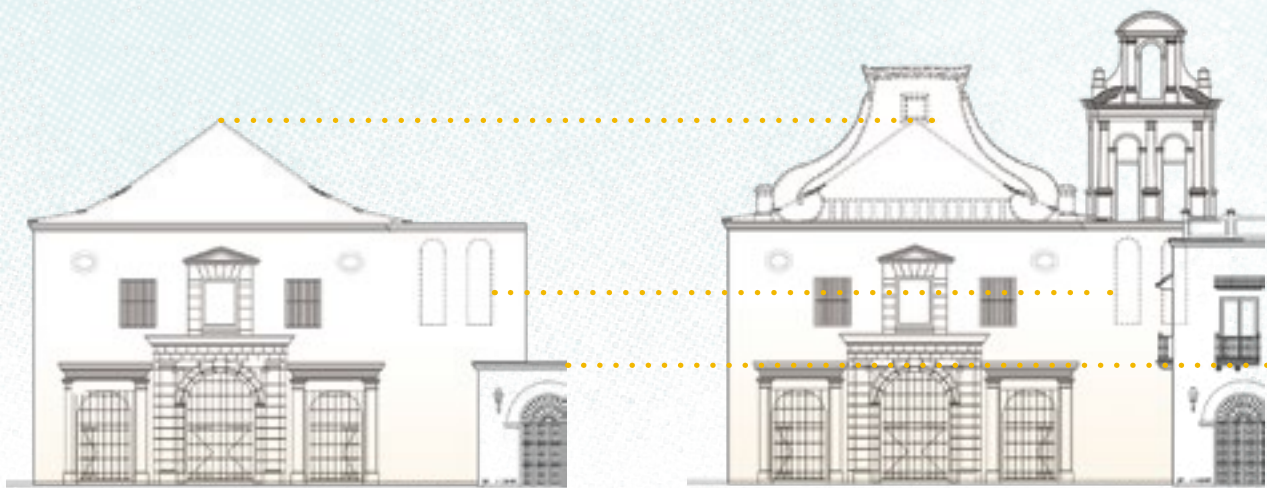
“Es una fachada compositivamente bastante escueta, comparada con lo que se estaba haciendo entonces en Europa. No es perfecta pero sus proporciones no fallaban por la tradición oral basada en *Las Medidas del Romano*. En la Colonia todo era más difícil, la escasez obligaba a expresar lo que más se podía con la menor cantidad de recursos. Eso es lo que nos da esa muy bella expresión de la arquitectura colonial americana”, explica el arquitecto restaurador Ricardo Sánchez, fuente principal de este artículo. quien es responsable de este frente de trabajo en la construcción del hotel de estándar mundial que construye el proyecto San Francisco en los predios del viejo convento.



SECTOR ORIGINAL DEL TEMPLO

la fachada el siglo XVI era más sencilla que la actual, con un estilo toscano, que destaca por su simplicidad de líneas.

Planos de la fachada del templo.
Arquitecto restaurador Ricardo Sánchez



PORTÓN

Uno de los retos estructurales al construir un templo así es algo que no tiene mayor ciencia en otras construcciones: las puertas. Resulta que al ser abierto el inmenso y macizo portón tiene una tendencia natural: jalar detrás suyo toda la fachada. La solución fue hacer una estructura en madera por la parte interna de la fachada. Esta permitía al mismo tiempo que la puerta pivotara, que la fachada no se resintiera y ayudar a sobrellevar el peso de los muros encima suyo.

Por otra parte, en términos constructivos los espacios de las puertas y las ventanas son huecos en el muro que no ayudan a transmitir el peso de la estructura hasta el suelo. Así que buena parte del diseño tenía que contemplar una fachada lo suficientemente robusta para superar esos inconvenientes. La de San Francisco quedó lo suficientemente bien para soportar el tercer nivel en la fachada, agregado en el siglo XVIII y unos exabruptos en el siglo XX de los que ya hablaremos y ahora son un reto principal para los responsables de la obra.

LA REFORMA

Visto de frente el templo original era un rectángulo pintado de blanco con sus puertas, ventanas y campanario incorporado. Arriba, un techo en forma de V invertida. En el siglo XVIII la ciudad ya era otra, había algo más de recursos y el estilo barroco se había impuesto en la Europa católica y en las grandes ciudades coloniales. Todo eso llevó a que se intentara actualizar al templo para dotarlo de una mejor expresión visual. Al menos, una más acorde con aquellos tiempos. A su hermano de al lado, el claustro de San Francisco, también le hicieron un reforma de fondo.

Es entonces cuando aparece toda la parte superior que hoy observamos y que está arriba de la **cornisa**, esa delgada línea horizontal que marca donde quedaba el remate original del templo. De un lado el **frontis**, con sus volutas barrocas. También se elevó el campanario, mediante una **espadaña** de la que se habla al detalle en el siguiente artículo.

El frontis no solo tenía el propósito estético de esconder el techo a dos aguas. Habla también de una aspiración mística o religiosa, de algo que se proyecta hacia el cielo. Es como una expresión de la sensibilidad católica de ese momento, distinta al de la construcción original. Los edificios civiles coloniales le daban mucho más énfasis a la primera o segunda planta, pero este remate que se proyecta hacia el cielo, es el que asume el protagonismo de la fachada.

UN PROBLEMA MUY CONCRETO

El templo lleva más de cuatro siglos en pie, destechado y abandonado por décadas, utilizado y remendado de muchas maneras. Con esa edad, su estructura tiene límites, como un viejo que debe andar con bastón. En particular las dos esquinas del lado izquierdo -para quien ve de frente al templo- tenían una gran afectación al comienzo de la intervención. El ingeniero estructural Arnoldo Berrocal y su equipo han debido darles un soporte temporal con unas estructuras metálicas que le sirven de “muletas” durante la obra y son visibles desde la calle.

Aquí el reto es preservar lo más que se puedan los materiales antiguos, combinándolos con material de última tecnología. Aproximadamente el noventa por ciento de los ladrillos se mantendrán, pero hay que reforzarlos

con morteros nuevos e incluso con cintas y mallas de basalto entre uno y otro. Hay secciones de muro que hay que desbaratar y rehacer de nuevo, así como resolver los parches, rellenos y tapiados que abundan. Todo ello pensando en darle al mismo tiempo resistencia y flexibilidad a la estructura, pues ambas características se deben complementar.

Pero, además de todo eso, hay un reto de marca mayor. Quizás el dolor de cabeza más grande de toda la obra. En la reforma de los años 40's -para convertirlo en el teatro Claver- fundieron contra la parte interna de la fachada un inmenso palco en concreto. Para hacerlo, encajaron en la estructura colonial una viga de un metro de ancho que traspasa los tres arcos de las entradas. Sobre esa estructura en los años 80 se fundió otra para hacer un palco más grande, comunes en las salas de cine de entonces. Desde que comenzó la obra se ha estado retirando ese palco de duro y terco concreto. Hasta ahora, muchos meses después, se está llegando a la fachada. Solo al retirar ese concreto junto a la fachada interna se podrá determinar exactamente el estado del muro original. Luego vendrá el trabajo de quitar a mano lo que esté flojo y trabajar con herramientas que provoquen menos vibración que una mona, un cincel o taladros inadecuados.

Toda la intervención actual -amparada en un exigente Plan Especial de Manejo y Protección, con seguimiento estrecho del Ministerio de Cultura y del Instituto de Patrimonio y Cultura de Cartagena- buscará que la fachada luzca en el aspecto que tenía tras la reforma del siglo XVIII, revelando los detalles que las distintas intervenciones fueron tapando. Todo ello es posible gracias a que hay fotografías fidedignas desde el siglo XIX que permiten ver esos detalles que se fueron perdiendo.

ATRIO

En la arquitectura colonial la fachada de un templo es inseparable de su atrio. Una manera de pensarlo es una L en la que el lado largo es la fachada y el corto, el atrio. Allí se reunían los fieles, sobre todo a la salida de la misa. Era un rito clave en la vida social. Hay que imaginar que entonces no había medios de comunicación, redes sociales ni parques públicos. Era la oportunidad cotidiana para ver y ser visto por los demás o para enterarse de las cosas. Por eso el atrio se planeaba integralmente con la iglesia. En el caso de San Francisco era muy amplio, pues era un conjunto con la capilla de la Veracruz y su convento hermano. Al punto que más que atrio se le conocía como la plazoleta de San Francisco.

Las excavaciones arqueológicas encontraron el piso original, de ladrillo, relativamente intacto, pero muy al fondo de la superficie. No se nota a simple vista, pero la ciudad vieja ha ido elevando su nivel. La construcción de vías e infraestructura como el alcantarillado obligaba a rellenar. Por eso hay puertas que parecen para hobbits y casas cuyas proporción parece extraña. Lo único que se puede hacer con ese hermoso atrio, como con tantas superficies de la Cartagena original es mantenerlo allí, bajo las capas de siglos y preservar su memoria, registrándolo y protegiéndolo.

En la reforma de los años 80 se construyeron unos escalones a lo largo de la fachada que prolongaban los provenientes del vecino teatro Cartagena. Eran un conjunto de cines y en ese sentido tenía lógica igualarlos. Además eran parte del diseño de la isóptica del teatro, esa inclinación que permite que todos los espectadores puedan ver la pantalla. El problema es que afectaron de manera evidente la fachada, que quedaba desproporcionada. Al retirarlos la fachada del templo volverá a su expresión original, con la esperanza de que así permanezca por los próximos siglos.



CAMPANARIO Y ESPADAÑA

El templo y el claustro franciscano estaban concebidos como un conjunto indisoluble. Son como siameses. El principal órgano que comparten es el campanario.

Si el templo hubiese sido construido por aparte, muy posiblemente su campanario sería una torre de planta cuadrada, como hay tantos en el mundo católico. Pero acá comparte su estructura con la esquina en que confluyen dos arcadas del claustro. Por eso una parte del campanario se ve “montada” o superpuesta al inmueble vecino. Fue una solución inteligente y elegante que ayudaba al mismo tiempo a mejorar la resistencia estructural, a ahorrar costos y a darle una línea de continuidad a ambos inmuebles.

Tan integrados estaban que la puerta de abajo del campanario fue por mucho tiempo la entrada al claustro. Del otro lado, por donde hoy se ingresa a ese recinto, había una modesta capilla y el sitio de enterramientos en la zona aproximada donde hoy queda el Pasaje Porto.

A los arquitectos restauradores les esperaba una sorpresa mayúscula al “pelar” de pañetes el campanario -labor necesaria en una intervención de fondo como la que se está haciendo-. Descubrieron dos arcos incrustados en la pared, señal inequívoca de que el templo tuvo un campanario más bajo. Debieron haber sido tapiados en la reforma del siglo XVIII. Fue entonces que se añadió la espadaña, a la que se le nota la misma inspiración barroca del frontis del templo. En arquitectura, espadaña es un término genérico para hablar de un muro que se eleva solitario -sin apoyos o entrecruces con otros- y con un propósito más estético que funcional. Y una sorpresa más: la parte interna también era una fachada, no un muro pañetado en su totalidad.

Esa espadaña ha tenido una historia de sobresaltos. Un rayo le tumbó de cuajo la sección de arriba, con el arco solitario. Eso fue quizás en 1917, por fotos fechadas en esos años, en las que ese remate desapareció entre una y otra imagen. A comienzos de los años 80, cuando se estaba renovando el teatro Colón, que funcionaba en el templo, se la reconstruyó con muy buena intención, pero sin el rigor investigativo que se exige hoy para intervenir estos inmuebles. Entre pintada, repintada y ajustes se fueron perdieron los detalles. Tenía buen lejos, como dice el arquitecto restaurador Ricardo Sánchez, pero de cerca se veían todos los desperfectos.

Además, en otra reforma de los años 30, cuando al claustro se le agregó un tercer piso, se le pego al campanario el muro de ese tercer piso. Eso lo dejó un poco escondido e irrespetaba la vocación solitaria de las espadañas. La intervención actual busca dejarla tan cerca como sea posible a su construcción del siglo XVIII, lo que implica mucho trabajo de mampostería, detalle a detalle pues las formas y figuras que se hacía con los ladrillos estos era bastante notable. También se le reforzará estructuralmente y será liberada del tercer piso del claustro, para darle un aire nuevo y propio, como lo tuvo en su momento.

Soportes para
los muros de la
fachada.
Foto: Andrés
Peñaranda

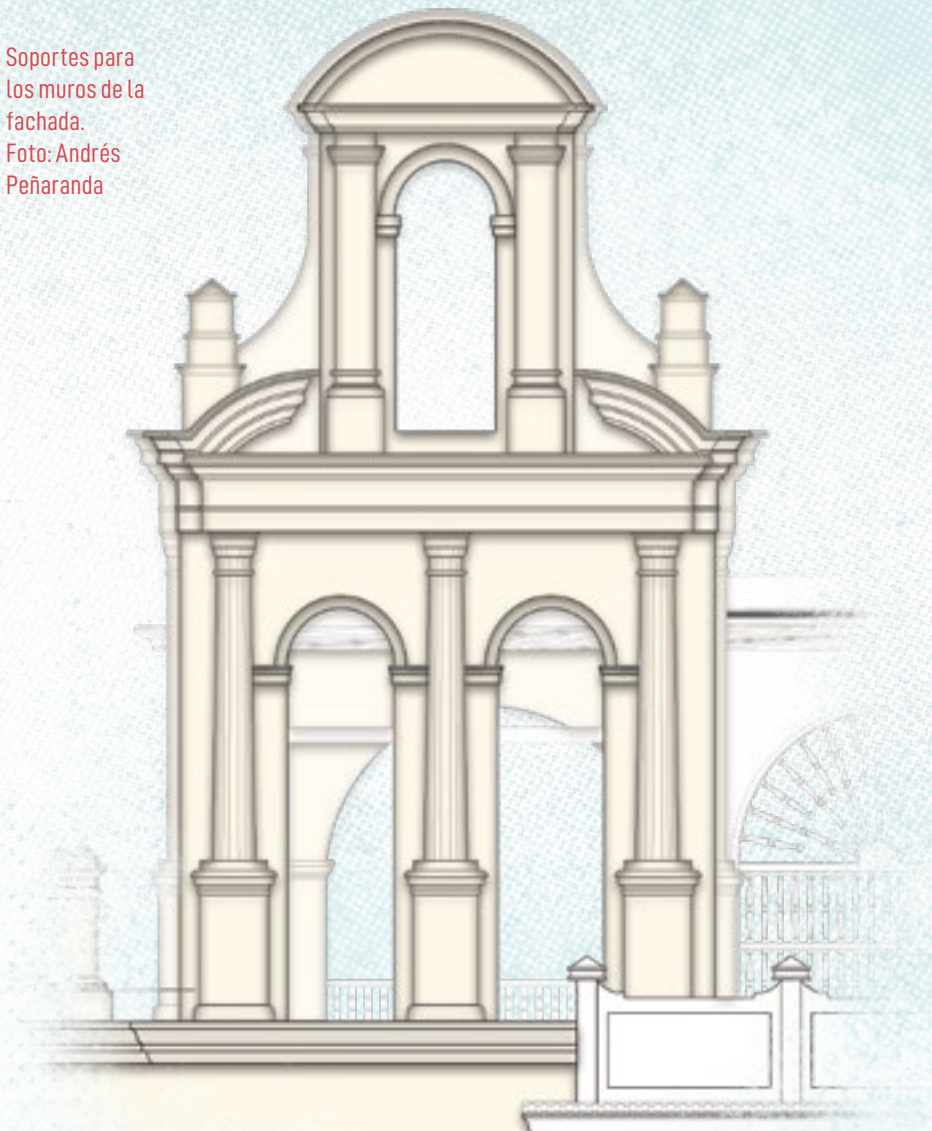


Imagen amplia de
espadaña: José
Joaquín Gómez/
Rodríguez Valencia
Arquitectos



Arco y columnas en ladrillo.
Fotos: José Caballero



ÁNGELES PARA TODA UNA NACIÓN

Una hermosa tradición cartagenera acaba de completar un paso crucial para ser incluida entre las tradiciones inmateriales protegidas por la Nación: el Consejo Nacional de Patrimonio aprobó la postulación de Ángeles Somos para integrar Lista de Patrimonio Cultural Inmaterial del Ámbito Nacional.

Todavía falta un paso grande para cerrar el proceso, pero ese concepto favorable era la cuesta más empinada. El camino hasta aquí ha sido largo. Comenzó hace 37 años, con una joven socióloga getsemanicense que regresaba a la ciudad después de graduarse en Medellín. De niña, una de las cosas que más le gustaba era aquella tradición de pedir las vituallas para el sancocho de Ángeles Somos el primero de noviembre. Sin embargo, a su regreso notaba que la tradición empezaba a desvanecerse, a pesar de que estaba muy viva cuando ella se había ido, nueve años atrás. El *halloween*, la celebración de origen foráneo y muy comercial empezaba a prevalecer sobre las tradiciones locales. La calabaza gringa le estaba dando sepultura a la yuca y al guineo.

En 1983 la invitaron a una reunión para preparar la celebración de los 450 años de la ciudad. Después de escuchar a tanta gente ilustre hizo esta simple pregunta: –¿Y qué se va a hacer para los niños?. A eso, le contrapreguntaron –¿Y a tí, qué se te ocurre? La respuesta ya se puede imaginar: –¡Volvamos a celebrar Ángeles Somos! En medio de la discusión, unos y otros empezaron a recordar y a cantar las coplas. La tradición no se había perdido, solamente estaba dormida. Había que despertarla.

La celebración de ese 1983 estuvo muy bien, con todo el apoyo oficial. Pero en los años siguientes el entusiasmo y la participación decayeron. **Rosita** se dió cuenta de que había que darle más estructura e institucionalidad a ese esfuerzo. Eso implicaba trabajar en varios frentes, distintas puertas y seguir motivando a quienes ya estaban comprometidos en los barrios.

La tradición no era solo del Getsemaní natal de Rosita, que igual ha sido un bastión y lo considera como algo muy propio. En buena parte de la ciudad y en otras poblaciones de la región Caribe se le celebra. Rosita, muy involucrada en el sector docente empezó a mover el tema, concentrándose primero en los más pequeños, mediante la Asociación de Educadores de Preescolar (ADEP). Desde entonces su foco no ha sido solamente la tradición por sí misma sino que los niños y niñas ejerzan plenamente sus derechos, en particular a tener una identidad y una cultura propias.

De a pocos se pudo involucrar a más personas e instituciones tanto privadas como públicas, corporaciones culturales y educativas, juntas de acción comunal y medios de comunicación. En 2007 lograron que el Concejo de Cartagena aprobara el acuerdo 003 del 23 de abril, por el cual se declara el “Primero de noviembre, día de

Rescate de Tradiciones”, que le adjudicó responsabilidades a varias entidades distritales. En 2008 crearon con Raimundo Angulo, Ángeles Somos Observatorio de Infancia y Adolescencia Cartagena de Indias. La visibilidad de Raimundo y su llegada a distintos escenarios nacionales ayudó a seguir avanzando en el camino. Entre tanto los niños que habían conocido la tradición desde preescolar la celebraban cada vez más en los barrios como algo propio. La plan-tica había echado raíces.

LLAMANDO A LISTA

Con todos estos avances era hora de buscar instancias que permitieran asegurar que la tradición perviva y con ella se reconozcan y se practiquen los derechos de la infancia. Hacer parte de la Lista de Patrimonio Cultural Inmaterial del Ámbito Nacional era un objetivo ambicioso, pero viable. Pero el trabajo para lograrlo no era poco.

La lista actual solo tiene dieciocho manifestaciones incorporadas. Esto se debe a que para llegar ahí es necesario demostrar la importancia y representatividad de la manifestación cultural. Otra manera de decirlo es: ¿Qué se pierde esta nación si se deja morir una tradición así? No quisiéramos imaginar una Colombia sin Carnaval de Barranquilla, sin palabreros Wayúu, sin Palenque o los cantos de vaquería en el llano. En el mundo se ha ganado muchísima conciencia de lo imperioso que resulta proteger esas manifestaciones culturales, pues hacen parte del tejido fundamental de cada región y nación. Entrar en la lista garantiza que de la Nación para abajo haya compromisos y esfuerzos tanto de gobierno como de la ciudadanía para proteger la manifestación.

Arriba decíamos que falta un paso grande: ahora hay que elaborar un Plan Especial de Salvaguarda (PES) que es la hoja de ruta y responsabilidades de todos, incluidas las distintas instancias de gobierno. Tiene que tener mucha participación colectiva y ser presentado en el plazo de 12 a 36 meses. Mientras tanto, Ángeles Somos estará integrada a la lista indicativa, que es la antesala antes de que se apruebe el PES.

Para la presentación ante el Consejo Nacional de Patrimonio la tradición fue definida así:

La tradición no era solo del Getsemaní natal de Rosita, que igual ha sido un bastión y lo considera como algo muy propio. En buena parte de la ciudad y en otras poblaciones de la región Caribe se le celebra.

Ángeles Somos es una celebración tradicional en el Caribe Colombiano, centrada en los niños, alrededor del juego, de la música y del canto, cuyo eje se mueve en la cultura gastronómica y fortalece importantes procesos sociales, en el cual los adultos juegan un rol importante pero no definitivo.

“El proceso de construcción del PES ya se inició, pero es fundamental la más amplia y sólida participación de personas e instituciones; darnos la oportunidad de construir entre todos y para beneficio de nuestros niños y niñas y de las próximas generaciones; que -unidos y superando diferencias- podamos avanzar en dejarle a la ciudad un camino para la construcción de otros procesos”, dice Rosita.

Para Getsemaní hay otra buena noticia: nuestra **Vida de Barrio**, con todas nuestras tradiciones, está haciendo también su camino para integrar la lista. La postulación ya fue presentada en una primera instancia al Ministerio de Cultura.

¿CÓMO ES LA VAINA?

Explicado para quienes lean esta líneas y no hayan tenido el placer de participar alguna vez: Ángeles Somos es una tradición difuminada en el Caribe colombiano que viene desde la Colonia y suma elementos de la tradición hispánica, católica, indígena y negra. Los niños y niñas recorren las calles tocando y cantando coplas mientras van pidiendo viandas casa por casa para completar con qué hacer su sancocho.

Antes de salir se han reunido para determinar las tareas y lo que hay: los palos y tapas de ollas para acompañar los cánticos; la olla grande y quienes van a llevarla; quién va a tocar la puerta; quién y en qué va ir guardando las viandas que vayan recibiendo; quién o quiénes van a ir llevando el recorrido, dónde se va a montar el fogón”. Ese día los adultos no mandan, son guías. Comerse el sancocho es solo el final, pero lo importante está en todo el proceso en el que se viven valores de generosidad, solidaridad, cooperación, responsabilidad, compañerismo, sentido de pertenencia y trabajo en equipo.

Una vez todo está listo, comienza el alegre recorrido, haciendo sonar las tapas y los instrumentos. Los niños siendo ellos mismos, sin disfraces ni elementos distintos a los de la vida cotidiana.

*Ángeles somos del cielo venimos
pidiendo limosna pa’ nosotros mismos.*

*No te rías, no te rías
Que la mochila está vacía.*

*No te dilates, no te dilates
saca el bollo del escaparate.*

*Ándate ligero, ándate ligero
que nos coge el aguacero*

Luego de recorrer el barrio con todo lo recolectado se arma un sancocho comunitario y planetario: gallina, ñame, mazorca, ahuyama, repollo, cebolla, zanahoria, cilantro, ají, papa, apio, cada uno con su origen en un sitio distinto del globo.

“Es una tradición que ha ido tomando las características culturales de cada sitios. Por ejemplo, hoy persiste en Barranquilla, Magangué, y otros sitios del Caribe colombiano, pero también en el Caribe insular. También en México, Argentina, Salvador y Guatemala, en España y algunos sitios de Alemania. Una persona de la comunidad árabe me comentó que ellos en el Ramadán hacen una celebración parecida por aquello de compartir, recoger comida y otras cosas”, nos dice Rosita.

LA LISTA

Las 18 manifestaciones protegidas por la Lista de Patrimonio Cultural Inmaterial del Ámbito Nacional son:

1. Espacio cultural de San Basilio de Palenque
2. Carnaval de negros y blancos de Pasto
3. Procesiones de Semana Santa de Popayán
4. Cuadrillas de San Martín
5. Carnaval de Riosucio
6. Fiestas de San Francisco de Asís o San Pacho en Quibdó
7. Encuentro nacional de bandas de música en Paipa
8. El proceso de formar y vivir como nùkak baka (gente verdadera). San José del Guaviare
9. La tradición de celebrar a los ahijados con mace-tas de alfeñique en la ciudad de Santiago de Cali
10. Bëtsnaté o Día Grande de la tradición camëntsá (Sibundoy, Putumayo)
11. Cuadros vivos de Galeras, Sucre
12. Cantos de trabajo de Llano
13. La música vallenata tradicional del Caribe co-lombiano
14. Gualíes, alabaos y levantamientos de tumba, ritos mortuorios de las comunidades afro del Medio San Juan
15. Manifestación cultural silletería
16. Carnaval de Barranquilla
17. Partería afro del Pacífico
18. Sistema de conocimiento ancestral de los pueblos Arhuaco, Kankuamo. Kogui y Wiwa de la Sierra Nevada de Santa Marta

Al que da algo para el sancocho le caen
buenas coplas:

ESTA CASA ES
DE ROSAS
DONDE VIVEN
LAS HERMOSAS

ESTA CASA ES
DE ARROZ
DONDE VIVE
EL NIÑO DIOS

Y a quien no da nada le caen
coplas burlonas:

ESTA CASA
ES DE AJÍ
DONDE VIVEN
LAS CUJÍ

ESTA CASA ES
DE AGUJAS
DONDE VIVEN
TODAS LAS BRUJAS



LAS VIVANDERAS

Yadira Acosta recuerda bien a sus vecinas Betulia Herazo y Victoria Caraballo, de la calle Carretero, que traían desde Panamá manteles, sábanas, camisas guayaberas, y colonias, entre otros productos. Ellas

les vendían personalmente a clientes en San Diego, Bocagrande, Laguito y Castillogrande. También a negocios en el pasaje del Leclerc. A los vecinos les dejaban unos mejores precios. También se acuerda de Aida Villarreal Pérez, que desde Maicao “traía chancletas, los zapatos a los que les decíamos ‘abuelitas’, y paraguas. Sus principales clientes eran los vendedores de la calle primera de Badillo y los que estaban detrás de la Olímpica”.

Las historias abundan y se podría escribir mucho más: de los escondrijos en las casas para embodegar la mercancía; de las odiseas para cruzar caminos; de la vivandera que se ganó la lotería y la delataron la camioneta y los hijos en los mejores colegios; las de las compañeras en la calle Pacoa, una alta y una bajita a las que bromeaban porque eran una pareja perfecta, la una para meterse por los huecos y la otra para vigilar.

“Las vivanderas, casi todas de sectores populares y muchas de ellas residentes en Getsemaní, eran mujeres entre los treinta y los cincuenta años de edad, casi siempre viajaban en parejas o en grupos. Eventualmente iba alguna más joven y era raro ver mujeres mayores en estos viajes. Para los años 60 y 70 del siglo pasado fue formándose un grupo significativo que viajaban a Maicao los viernes en la noche y regresaban el domingo, en buses interdepartamentales, lo que propiciaba que algunas empleadas públicas o maestras también se buscaran con estos viajes trayendo mercancías”, explica la socióloga getsemanicense **Rosita Díaz**.

SIGLOS BAJO CUERDA

El contrabando fue connatural al barrio desde su nacimiento. En la Colonia era al mismo tiempo arrabal, puerto, antesala de la ciudad formal y el sitio adonde llegaba todo tipo de gente a rebuscarse un modo de vida. Eso en todas partes del mundo siempre ha sido el caldo de cultivo para comerciar al margen de los canales oficiales. También era una forma silenciosa de protestar contra la corona española, que pese a que no producía todo lo que se necesitaba, sí acaparaba el comercio con la Indias. Luego, hasta la apertura económica de los años 90 teníamos un país proteccionista de la industria nacional pero al mismo tiempo sin suficientes manos para atajar todo el comercio irregular de unos bienes importados que aquí se veían como algo especial. Y hasta 1978 tuvimos aquí el mercado público y el puerto comercial.

Si por más de cuatro siglos el barrio tenía todas las condiciones para ser epicentro de esos negocios: ¿cómo y por qué entró de lleno la mujer en este baile en el siglo XX? ¿Cuál fue el origen de las vivanderas?

El término comenzó a aplicarse a las mujeres que vendían verduras y otros productos de comer en los mercadillos de la ciudad. Por ahí podrían colarse algunos otros productos foráneos, pero en esencia eran revendedoras estacionarias. Ese papel se potenció con la llegada del Mercado Público, donde había una sección de mercadería que distribuía al mayor y al detal

¿Querías tener en tu casa productos importados como los perfumes Agua de Farina o Pino Verde? ¿Vaporub, Menticol del rojo? ¿Qué tal whisky Ballantine’s o

White Horse y cigarrillos Paxton, Lucky o Kent? En Getsemaní seguro tenías una vecina que te los vendía a buen precio y a crédito. Y si te hacía falta, te vendía las telas para el vestido y hasta la peluca.

mercancía traída de otras partes del mundo, entremezcladas con el comercio legal. Sus puestos estaban atendidos básicamente por muchachas de Getsemaní, San Diego y otros barrios cercanos. En la men-

talidad de la época, el trato de las mujeres, la persuasión suave y su encanto personal resultaba en más ventas.

Por otra parte, la migración sirio libanesa -con su vena comercial tan desarrollada y que tanto impacto tuvo en el barrio- le daba otro papel a la mujer. Ella hacía parte del engranaje productivo y comercial de la familia. Esa relativa independencia empezó a calar entre las vecinas del barrio. Además, el machismo imperante resultaba en hombres derramando hijos en varios hogares, pero sin tener con qué responder por ellos. Las mujeres con menores recursos tenían que salir a rebuscarse para levantar a sus crías: lavar y planchar, ser empleadas domésticas, nanas o, en efecto, vender mercancías, fuera como ambulantes, puerta a puerta o atendiendo un puesto.

EL MAPA DEL CONTRABANDO

Panamá y Cartagena tuvieron un nexo sólido desde la Colonia, cuando hacían parte de un mismo territorio. Muchos getsemanicenses hombres fueron a trabajar en la construcción del canal y las mujeres, en las casas de directivos estadounidenses y empleados panameños con mejor situación económica. Ahí se consumía mucho producto estadounidense y luego, desde la apertura del canal en 1914, empezó a pasar el comercio mundial a manos llenas. Al regresar, muchas de ellas habían acumulado un capital propio y se lo traían en forma de esos productos importados, para revenderlos entre los vecinos y la parentela. El éxito las llevó a ir y volver de nuevo. Así quedó establecido un canal informal de comercio que se mantuvo por el resto del siglo XX y que se amplió a la isla de San Blas.

Luego vinieron otras fuentes para traer mercancía: San Andrés, con su declaratoria como puerto libre en 1953; la bonanza petrolera de Venezuela en los años 60 y 70, que hizo de Maicao un enclave de contrabando; y el surgimiento de Barranquilla como puerto grande a lo largo del siglo y como ciudad intermedia entre Maicao y Cartagena. Además cerca de Getsemaní funcionaba la estatal Empresa Puertos de Colombia, o Colpuertos, donde trabajaban muchos vecinos. Aquella era una coladera de productos que pasaban por la puerta de atrás mientras la mayoría miraba por el techo.

“Para las mujeres madres o solteras de Getsemaní, la autonomía económica fue un valor fundamental en las relaciones con sus familias y vecinos. Esa solvencia les permitía

decidir por ellas mismas, en sus relaciones sociales y de pareja y enfrentar una mentalidad machista que no se sentía cómoda con verlas en las calles o en los negocios. Esta particularidad se extendió en Getsemaní desde décadas atrás. Mucho antes de los nuevos paradigmas de la liberación femenina ellas ya se movían por toda la ciudad con altivez, independencia y autonomía”, resume Rosita Díaz.



Fotografía: Medardo Hernández Baldiris

ROQUELINA BALDIRIS

“Mi madre, Roquelina Baldiris, llegó en los años 40 a la calle Lomba o la Caldera del Diablo, como la llamo yo, **Medardo Hernández Baldiris**, orgulloso getsemanicense. Ella era muy joven entonces y vivió casi sesenta años en el barrio”.

“Su pobreza casi franciscana la llevó a vender frutas de cosecha en la puerta de su casa: patilla, mango, melón, papaya, banano, mamones. Luego conoció a la familia Herazo Díaz. Mi madrina fue Armanda Herazo y con su hermana Betulia terminaron siendo más familia para nosotros que la consanguínea. Betulia era esposa de Armando Alvear, que se fue a Panamá. Ella venía varias veces al año con la mercancía que las caracterizaba: Menticol Rojo, Vaporub, pelucas, perfumes Agua de Farina, Pino Verde y de otras marcas. Como ellas querían ayudar a la joven Roquelina le daban mercancía para vender”.

“Aprovechando el parentesco con un tío que era jefe de personal en la Jabonería Lemaitre, mi madre se iba los sábados a la calle de La Sierpe para distribuirla entre los trabajadores y trabajadoras. Vendía a crédito. También se iba a las oficinas de los médicos y los abogados en La Matuna y a algunos negocios locales. En Getsemaní vendía mucho los cortes de tela que servían para que las modistas diseñaran los trajes estrambóticos y elegantes para las fiestas de los clubes que casi siempre eran los sábados en la noche. Además las mujeres sentían no solamente tenía que estrenar sino ir bien perfumada, así que por ahí se hacían otras ventas”.

“Así poco a poco ella iba juntando un dinero con el que se iba a Barranquilla. En Carnavales vendía allá unos antifaces y unas máscaras que mi papá elaboraba en una máquina artesanal. También llevaba triquitraques y buscapies que fabricaba mi abuelo. Cuando regresaba traía mercancía que compraba en los sanandresitos de Barranquilla, que estaban más desarrollados y tenían productos más baratos que acá. Con ese acumulado luego se atrevió a dar un salto mayor. Con María de la Paz y Eva Mendoza, Francia Martelo y otras amigas se iban a Maicao. Ahí la cosa era más peligrosa, duraba más tiempo, de tres a cinco días escondiéndose en las trochas, huyéndoles a los guardias, a los que les decían ‘chirrincheros’, que les quitaban sus mercancías. Muchas veces hasta corrieron el riesgo de ser violadas, por esos funcionarios corruptos. Era una verdadera aventura. Llegaban polvorientas, sin bañarse. Era una odisea que me hace amar más a mi madre aún después de veinticinco años de fallecida, porque todo eso lo hacía para mantener su hogar y, en particular, para sostener mis estudios.”

“Después de lo de Maicao, logró convencer a su vecina y amiga del alma, Leovigilda Vargas –a quien le decían La Panameña, porque con frecuencia venía desde allá con mercancía– para viajar juntas a San Andrés, lo que hicieron más veces. Luego hizo dos viajes a Panamá, pero en el segundo los guardianes se le quedaron con todas las mercancías. Quedaron de nuevo peladas, en las puras tablas. Y entonces a comenzar otra vez con frutas y el ciclo completo: volver a Barranquilla, viajar a Maicao, ir a San Andrés, para de pronto volver a Panamá, pero esta vez en barco, que ya era la aventura mayor”.

“Era una situación de ir de menor a mayor y viceversa. Eso era natural en Getsemaní porque existía una especie de engranaje en el que el mayor le daba a uno inferior, este a otro subalterno y así hasta llegar al micro. En esa pirámide mi madre fue desde lo más bajo hasta llegar a un nivel intermedio. Su exagerada honestidad y cumplimiento de la palabra, le dieron confianza entre los de arriba. Es que hubo una fiebre en Getsemaní. Pocas familias se liberaron de ese boom, porque el que no viajaba y traía directamente la mercancía, la distribuía o la expendía en distintos momentos y barrios. Fue todo un eje económico”.

“Nuestra casa era bastante humilde. Allá no había una nevera, ni un televisor ni una estufa, menos una lavadora, pero aún así mi madre me puso a estudiar en el mejor colegio de Cartagena: La Esperanza. Allá también estudiaban otros getsemanicenses como el hijo de los dueños del bazar Calcuta y Oswaldo Ramírez Herazo, hijo de mi madrina Armanda. Fernán Caballero Vives le recibía a mi madre pañoletas, ropa interior o su María Farina como pago por la mensualidad del colegio. Ella nunca le pagó en dinero mis estudios. A Moisés Schuster, a Celedonio Piñeres, a Tony Morales, entre muchos otros yo terminaba vendiéndoles la ropa que ella traía: medias brillantes, zapatos mocasines, jeans, suéteres Vanlon, gorras y todo eso, que para ellos resultaba exótico y llamativo. Con eso también me ayudé para sostenerme cinco años en La Esperanza. De ahí tuve que salir por la quiebra de mi madre en el segundo viaje a Panamá”.

“Mi madre era analfabeta. No solo funcional, sino total. Podía hasta confundir hasta los números. Pero desarrolló su mente y eso jugó un papel importante. Para mí ella es una especie de Manuela Beltrán, de Policarpa Salavarrieta, de María Cano, grandes revolucionarias de Colombia. Mi madre fue una libertaria, hizo de su vida una fandango. Fue bailarina, tuvo cinco hijos, se gozó la vida. Como muchas mujeres de Getsemaní logró sacar su familia adelante a punta de su propio trabajo. Unas ponían mesas de fritos, lavando o planchando ropa, vendiendo lotería, contrabandeando, trabajando en almacenes y haciendo de la vida una aventura en la que para salir adelante se requiere mucha madurez y astucia mental. Lo que he logrado en la vida y lo que soy se lo debo en gran medida a una vivandera, una contrabandista, una gran mujer que como buena getsemanicense. El hecho de trabajar le cambió la vida a mi madre. El trabajo, por simple que sea, transforma a la persona”.



Wilson Borja Díaz

Abogado, ingeniero de sistemas y ex parlamentario. Criado en la calle de los Siete Infantes.

Alejandro Caballero Portacio

Reconocido médico epidemiólogo. Es el que más se ocupa de mantener cohesionado al grupo.

Antonio Pombo Ramírez

Ejecutivo de ventas en cadenas como las extintas J Glottman y ABC, premiado muchas veces por sus resultados.

Jorge Eliécer Gaviria Gaviria

Se licenció en ciencias sociales y económicas. Trabajó como docente y hoy está pensionado. Gran bailarín y cantante frustrado. Le encontraban parecido con Calaven, un popular cantante venezolano de salsa.

Roque Alberto Hoayek Martelo

De una estirpe getsemanicense de médicos. Le decían 'Roquito', 'Rompelienzo' o 'Roque Pava'. Trabajaba en Nueva York como ejecutivo de ventas. Murió en Getsemaní en mayo, donde lo sorprendió el confinamiento por Covid 19.

Medardo Hernández Baldiris

Era el menor. Licenciado en ciencias de la educación, abogado, con posgrados en historia y dirigente sindical del magisterio.

Jose Guillermo Romero Verbel

El famoso Cheo Romero, la biblia de la salsa. Nació y se crió en la calle del Pedregal. Hijo de la 'seño' Verbel, famosa partera y quien le ponía las inyecciones a los muchachos. Cheo fue marinero y también fundador del programa Salsa y Playa, de la emisora Olímpica. Murió prematuramente hace algunos años.

Efraín Gutiérrez Mercado

Abogado. Nació fuera de Getsemaní pero se arraigó en la calle Larga. Tuvo un alto cargo en las Empresas Públicas Municipales.

The Happy Boys

Esta foto fue tomada en 1968 ó 69. Estaban en la Casa del Abogado, en San Diego donde hicieron una fiesta memorable. Los ocho eran el núcleo central de ese clan juvenil y han mantenido una sólida amistad por más de cincuenta años.

Aquellos años fueron de una gran inquietud juvenil en el mundo. En Colombia fueron los años del Club del Clan y de los primeros grupos nacionales de rock. En Cartagena, la salsa estaba pegando con furor. En Getsemaní y otros barrios había muchachos metidos en temas de delincuencia. Para alejarse de ese mundo, otros chicos optaban por armar grupos más cerrados y juntarse para escuchar música, bailar o ir a la playa.

Jorge Eliécer Gaviria Gaviria, el fundador, nos cuenta que antes había gestado el Club Social Boogaloo, pero ahí la dinámica se deterioró. Intentó un primer The Happy Boys con amigos como Nelson Barrios, Rodolfo Méndez, o el 'Triki' Caraballo, pero después de varias reuniones en su

casa la cosa no despegaba. Luego se unirían Efraín Gutiérrez y Roque Hoayek, que venían de otro grupo, y Alejandro Caballero. De ahí se consolidaron. Era abril de 1966 y el lema era 'Salsa y Cultura'.

Aunque de mayoría getsemanicense, al clan se integraron muchachos de otros barrios. Wilson Borja, sandiegano conoció a Jorge en el Liceo de Bolívar. Al principio no fue bien recibido, pero luego se convirtió en un gran eje. -¿Y quién es ese gafufo?-, le preguntaba con desconfianza Alejandro a Jorge. -Respeta, mi hermano, que ese viene conmigo-, le contestaba.

Con los años, la figura del clan evolucionó y la convirtieron en Movimiento Sociocultural Orgullosamente Getsemanicenses.

Agradecimientos a Medardo Hernández Baldiris, quien proveyó la foto y la información esencial de esta nota.



SOY GETSEMANÍ

Una iniciativa de  con la realización del equipo de GUIDOULLOA

DIRECTOR: José Luis Novoa S.
DISEÑO: Angélica Neira Hazime y equipo
CALLE A CALLE: Sandra López Castillo
DISTRIBUCIÓN: Alejandra Carrasquilla y equipo
EJECUTIVA DE CUENTA: Angie Becerra

Visítanos en: www.elgetsemanicense.com
Escríbenos a: elgetsemanicense@gmail.com

Edición 22, Julio de 2020
Impreso en Comunican S.A., Bogotá.
ISSN: 2665-2919



+57 317 7980837



@sanfranciscogetsemani



San Francisco Getsemaní